

La novela posmoderna perfecta o un pisapapeles de colores muy bien vendido: *Infinite Jest*, de David Foster Wallace

Lenin Luis Ponce Uzhca

Universidad de las Artes

lenin.ponce@uartes.edu.ec

<<No wonder he committed suicide.

I haven't read the book. I was introduced to him today.

What a wonderful, wonderful man>>.

UN COMENTARIO INOCENTE DE YOUTUBE EN UNA ENTREVISTA A DFW

A Gael, a quien llamo de cariño Gappy, le gusta morderme los pies cuando escribo. Su padre era un *schнауzer*, su madre una mezcla de un *cocker* español con un *poodle*, por eso heredó de ambos unos ojos oscuros y tiernos que justifican cualquier mordisco violento que, en más de una ocasión, me ha sacado trocitos de piel. Al retarlo, gira la cabeza a un lado, mirándome con sus largas orejas cayéndole sobre el hocico, como si tratara de decirme que no era su intención, porque es un cachorro y porque no puede evitar exigir mi atención mientras leo, en vez de darle unas caricias o algo de comer, aunque ya comió demasiado. Gappy, a pesar de todo, es educado: si le digo que espere, se sienta a esperar. A veces leo en alto para él y pareciera que me escucha. Podría interpretar, por su forma de morder los lomos que se encuentran a su alcance en mi librero, que los reconoce como artefactos llamativos con los que gasto mis horas por las madrugadas, sin pararle mucha bola. Siendo since-

ro, adopté a Gael por dos razones, por una amiga que me pidió que, por favor, encontrara un lugar para los cachorros de su primo y, segundo, porque a la larga me ha adoptado a mí en vez de yo a él. Ahora que estoy de vacaciones, Gappy me despierta por las mañanas insistentemente para que le dé el desayuno y, si vuelvo a la cama, me muerde los pies para que juguemos un rato.

El domingo pasado terminé junto a Gappy mi primera lectura de *Infinite Jest*, libro al que hui durante meses por recomendación de amigos y usuarios anónimos de Internet a los que neciamente, por ratos, hago mucho caso. Lo leí de una sentada y me tomó casi dos semanas de lectura obsesiva en las que, desatendiendo otras obligaciones, leía desde la tarde hasta la madrugada y, en los momentos de descanso, preparaba algo para beber (un té, una limonada, pero nunca café; no quería inducir mi lectura a estado de revisión desesperada y maníaca, más de lo que ya lo era) y buscaba un sitio en el que acomodarme para investigar las directrices básicas con las que enfrentarme a la novela que, por lo que leía con frecuencia, iba a ser un reto literario-personal-académico-innecesario. No es una sorpresa decir hasta este punto de la historia postrevolución digital, los procesos analíticos e investigativos se han visto reducidos a una serie de metodologías que priorizan las habilidades de búsqueda en Internet —la investigación se resume al primer resultado de Google y, si nos ponemos más *underground*, el segundo o el tercero; buscar cosas en Bing es una locura, es autojubilarse de Internet—. Gracias a esta cuarta o quinta etapa encontré asistencia valiosa en blogs antiguos con gráficos extremadamente detallados acerca de sus personajes, montaje de las tramas y subtramas, cuya relevancia determinará el lector, creo yo. Alguien, en algún lugar del mundo, alguien como cualquiera de nosotros (pero con muchísimo más tiempo libre), se había tomado la molestia de generar guías enteras de lectura para una novela que podría definirse como el *Ulises* posmoderno y descafeinado¹. Yo quedo agradecido.

¹ Quedará a juicio del lector determinar si es así o, por el contrario, si contiene caféina.

Año de *Mis adorados entenados* en Ecuavisa

En ciertas ocasiones, desde mi POV literario, aspiro a que los libros que exploro por primera vez sean, por lo menos, destacables en un sentido cuyo propósito sea marcar positiva o negativamente mi forma de ver la literatura y lo demás. Actualmente me identifico como un adolecente de la etapa de lector pajero-compulsivo, determinación que una vez alguien dijo en una riña de Twitter. A lo mejor por eso busco entre textos las respuestas que, pienso yo, solo podrían encontrarse en la intimidad de persona a persona. Por desgracia, aunque ya pasaron dos años, nos seguimos rehabilitando del encierro y la consecuencia es la insuficiencia, ineptitud tal vez, de comunicación o fortalecimiento de vínculos sociales. Salimos de nuestras casas con la urgencia de compartir nuestra percepción del mundo con otros. Abandonamos el teletrabajo con el desespero de olvidar la angustia de reconocer los rostros de nuestros cercanos en marcos pixelados y botones para, de formas secuenciales, poder decir oraciones preparadas minuciosamente. En el cuarto de década perdida pude resistir por esos libros a los que me refiero, y, al igual que yo, David Foster Wallace identifica a la ficción como una de las pocas experiencias en las que la soledad puede ser confrontada y, con mucho cariño, aliviada. «*Drugs, movies where stuff blows up, loud parties (...) these are the places where loneliness is countenanced, stared down, transfigured, treated*», dice. Claro está, Gappy es un hijo postpandemia, no existía y la virtualidad golpeaba fuerte.

Infinite Jest, a primera vista, no es un libro amigable. Es evidente que un mamotreto de tal volumen no pasa desapercibido ante los ojos de nadie, peor si posee un mínimo de curiosidad en la sangre. Más allá de ser un libro emblemático de la literatura norteamericana posmoderna, onanista, erudita —y una obra sustancial para cualquiera que, con las ganas de presumir en una reunión aburrida ante otros, dirá: «Hey, yo leí *La broma infinita*», y el resto hará una ovación prolongada por unos minutos, entre risas y vitoreo, hasta que uno de ellos pregunte: «¿Qué carajos es *La broma infinita*?» y todos queden en silencio, esperando a que expliques, como si de una trampa mortal se

tratase, porque, ¿quién diablos sabe de qué realmente va el libro? ¿Y por qué deberían aplaudirte?—, nos podemos encontrar con el gusto de ser el equivalente a una serie extensa de cualquier plataforma en *streaming*. Sin embargo, es una serie extensa que casi nadie está dispuesto a ver.

Al salir de ella, te sientes exhausto porque, es cierto, acabas de terminar un maratón de tres días en una serie, edición², que te obliga a saltar del capítulo cuatro al treinta y dos, para volver al cuatro y avanzar al treinta y tres, y así sucesivamente. Te preguntas si lo que lees es una genialidad o un bodrio entero con buen respaldo académico. Te pueden las ganas de saltar fragmentos cortos o capítulos enteros (¿a quién le importa el escatón? ¿Alguien de verdad se interesa por entenderlo? Buscas en YouTube y te das cuenta de que sí). Te escuece el dedo por evitar ir a las notas, por las malas experiencias de encontrarte con oraciones breves que no suman nada relevante a la trama. Te sientes estúpido cuando llegas al capítulo en el que James Orin Incandenza, el padre del protagonista, presenta una película en la que las reacciones del público son en realidad el verdadero espectáculo; te sientes la víctima de una broma pesada, y que es Foster Wallace quien se burla de ti, porque te señala con lo que cuenta el libro y no puedes creer que, pese a que se ríe a tu costa, sigues sentado leyéndolo hasta el final. Te abstienes de consultar a alguien porque sabes que como resultado obtendrás alguna de las siguientes opciones, sea quien sea el que responda:

A: Ah, es *ese* libro de la academia de tenis.

B: Es una novela en la que un grupo de minusválidos han organizado una célula separatista de guerrilleros que van en silla de ruedas y se infiltran en centros de salud y academias juveniles para sacar información sobre una película que destruye la psique de quien la ve, dirigida por un suicida que decidió quitarse la vida de la forma más compleja e innecesaria posible: metiendo la cabeza dentro de un microondas.

² Puramente subjetivo, puede cambiar con base en la edición. Si la leíste en inglés, es más corta. La idea se entiende, da igual.

C: Es la que cuenta la historia de un hombre que trabaja en un centro de recuperación, donde se reúnen en grupos para curar a su niño interior a través de terapias en conjunto abrazando un osito de peluche.

D: Es una historia de amor, como cualquier otra de fantasmas.

F: Es una novela interesante (no la ha leído).

W: *Infinite Jest es una novela escrita por David Foster Wallace, publicada en 1996. La novela trata sobre una amplia variedad de temas, incluyendo la adicción, el entretenimiento, la depresión, la familia, la muerte y la recuperación. La historia se desarrolla en un futuro cercano (lo dijo ChatGPT).*

Año del Taka Taka de José Delgado

«Still dont get this chap.
Hip outfits? Over praised? Three names? Overrated».

ALGUIEN EN YOUTUBE

Para disgusto del público en general, David Foster Wallace no escribió una historia compleja por lo que cuenta entre delirios de escritor analítico; no son sus rebuscadas y aburridas explicaciones sociopolíticas lo que vuelven al libro una obra difícil de explorar, no son sus páginas y páginas enteras contando el trasfondo de un conflicto continental que, a final de cuentas, es el testaferrero perfecto para contar los padecimientos y síntomas de una sociedad inconforme; tampoco es difícil por sus idas y venidas, que pretenden a ratos ser la mezcla entre una novela detectivesca, lumpen, romántica, deportiva, cómica o límbica³. Más bien, es difícil porque pretende, con su tono de catedrático minucioso y

³ Novela límbica. Para mí son esas novelas u obras que van a todas partes y, con sus buenos propósitos, se fuerzan a dispersarse en un limbo o un *collage* análogo hecho de revistas en una sala de espera cualquiera.

obsesivo, darle tres palmadas en la espalda al lector y preguntarle entre risillas «¿en serio podrás?» con un tono condescendiente. Yo creo que él más que nadie es consciente de que la dificultad de la novela radica en la imposibilidad de armar un mapa narrativo desde la primera lectura, y que intentarlo sería igual de insidioso que leerlo sin desaire, al trote, por diversión.

Teniendo en cuenta que ambas formas resultan extenuantes, es normal que muchos nos rindamos en las primeras lecturas, por lo que la mitificación del autor y la obra superan con creces lo que es en realidad: un discurso de agotamiento e insatisfacción que, sobre todo ahora, en el siglo veintiuno, se ríe de quienes se han convertido en la adaptación de la sociedad hiperbólica que David Foster Wallace ya preveía desde el auge de la televisión por cable. Y, en mi opinión, creo que una de las razones por las que se debe dar una oportunidad a la novela tiene que ver con el hecho de poder identificarla como un síntoma de una generación incapaz de alejarse de los estímulos constantes y que a su vez lucha por superar las expectativas personales que han dejado de ser eso, y se han vuelto colectivas (¿qué es lo que otros esperan de mí y por qué debo cumplirlo?). Es una experiencia lectora-deportiva, pero no de deporte de riesgo, como el alpinismo o el dejar de *scrolllear* en Instagram por más de cinco minutos. Lo contrario, una experiencia como el tenis —actividad central para la vida de David y la novela en sí—, en el que el golpe y contragolpe causan tensión, en un silencio en el que solo se escucha el contacto de la raqueta contra la pelota, un alarido vago que se pierde y nada más. En otras palabras, un simple «siéntate y lee, ya veremos después. Lo que venga».

Año de la cerveza

La Colorada en Guayaquil

«I like how I can relate with DFW but cannot use him.
Was he sick? Or was he forced to endure a fate not of his choosing?
Was he set up or did he think his choices were few and far between?
He is a genius. My question is – Why did he trust his life partner?». .

OTRO COMENTARIO MÁS REFLEXIVO EN UNA ENTREVISTA DE DFW

No es solo lo que cuenta, sino cómo lo cuenta. Si es que nos ponemos quisquillosos, podemos replicar la novela desde una posición de reescritores y, yendo a paso contrario de Pablo Katchadjian, reducirla y hacer de ella una broma finita, muchísimo más breve y concisa de lo que es, en sus más de cincuenta mil caracteres y sesenta personajes. Las complicaciones habituales son una cuestión de estructura porque, por más que se ponga atención a los detalles, siempre se va a escapar algo a causa de la narración desarticulada que evade cualquier señalamiento cronológico. Quizá lo único que facilita las cosas es la ubicación de un título (de vez en cuando, no siempre pasa) que señala la década correspondiente, titulada por el interés capital del momento. Por ejemplo, la primera década, que es «El año de la Hamburguesa Whopper». No es un dato malintencionado afirmar que el primer capítulo es el cierre de la novela y que el sentido de leerla es dar forma al final abierto que Foster Wallace presenta con anticipación. En sí, leerla en orden cronológico, por textos en Internet, le quita en gran parte la gracia que posee el reto. Más cuando, al final, lo que leemos es la decisión de un editor piadoso por poner a David con los pies en la tierra, pues el borrador original contaba con trescientas o cuatrocientas páginas más, según comenta en una entrevista con Leonard Lopate en el noventa y seis. ¿Pudo ser más insufrible? Sí, pudo serlo.

En *The End of the Tour* (2015), cuyo argumento cuenta el viaje de David Lipsky con Foster Wallace a propósito de la presentación de la

novela, encontramos cierta escena en la que él, con la intención de escribir un artículo para *Rolling Stone*, toma la iniciativa para ahondar en cuestiones personales de su vida privada. Por supuesto, ha sido enviado por su editor específicamente a eso, para meter el dedo en la llaga y, tomando como escudo la labor periodística, preguntarle cuál es su relación con las drogas. Páginas y capítulos enteros de personajes desesperados por drogarse con la sustancia de su predilección. Es evidente tras una lectura superficial que el libro podría ser usado en una reunión de rehabilitación, por la variedad de personajes adictos a distintas drogas existentes dentro y fuera del mercado farmacéutico, incluyendo sintéticas y otras más comunes como, por ejemplo, un *reality show* que exige que lo veas obsesivamente por el resto de tu vida.

En la forma que David Foster Wallace posiciona a las adicciones persiste una tesis que recuerda al lector que *La broma infinita*, la película dirigida por James Orin Incandenza también conocida como *El entretenimiento*, es un film que atrae a quien lo ve de tal forma que desplaza su voluntad y lo convierte en un eterno espectador de algo que ni siquiera puede procesar: lo que ve no será procesado, porque es un consumismo ciego y vacío. Para la década en la que se publica, no se preveía ni de lejos la presencia de un medio de entretenimiento cuyos formatos fuesen tan breves que, sin importar la temática de lo que vieras, podrías simplemente desechar su contenido al momento. En suma, David en la novela conjetura en torno a las comodidades derivadas de los avances tecnológicos (el más evidente, el servicio *streaming* de plataformas como Netflix, Disney+, etc., aunque habla también del *delivery* al puro estilo UberEats o los filtros fotográficos de las redes sociales) a causa de ser él mismo un acérrimo observador de medios de difusión masiva, como la televisión.

Irónicamente, el factor personal vuelve a la novela una obra más atractiva para el lector joven que, sabiendo que fue un reto clásico incluso para sus antecesores, se siente motivado a subir la colina hasta llegar a la academia de tenis a ver qué tiene de bueno ese tal DFW. De la misma manera que con los escritores mencionados, lo seductor recae en la construcción del genio fatigado y atormentado que ha construido

el mercado editorial para un tipo que, incluso en sus entrevistas finales, tartamudea, se toma pausas extensas y responde con una modestia de la que un gran número de personas determinan como un acto típico en un narcisista depresivo, porque ven en él a un intelectual que reniega de serlo. *Infinite Jest* es la viva muestra de que domina la escritura como cualquier exponente, incluso determinando una línea narrativa que se refuerza con creces sobre su representación de un Hamlet estadounidense, con sus excesos y sus particularidades patrióticas. Al igual que lo acotado antes, soy insistente en que la misma existencia de David es un síntoma de una sociedad destinada al consumo excesivo de contenido, incluso previamente a nuestra época, que contiene unas directrices que apuntan a la falsa libre elección por parte del usuario. Si él siguiera aquí, apuesto a que le encantaría *Squid Game* y *La casa de papel*.

Año del pollo asado Barcelona

Infinite Jest pertenece a esa especie endémica de libros en la cual es imprescindible leer la vida del autor entre líneas, por más que parezca una práctica paraliteraria en desuso y en exceso voyerista. Aquí nos ponemos específicos, porque solo así reconocemos a la novela como la obra de su vida —no en un sentido cursi, me refiero a que es, literalmente, una obra basada en su experiencia vital—, al puro estilo de Francisco Goldman, Don DeLillo o, si nos ponemos casuales, el mismo Roberto Bolaño. De la mano de sus crónicas, artículos y textos (entre ellos lo que llegó al mercado editorial hispanohablante como *El tenis como experiencia religiosa* que trata sobre el enfrentamiento de Nadal y Federer, dos titanes en juego) sobre tenis, el deporte más visitado en sus textos, sabemos de primera mano lo que simboliza la Enfield Tennis Academy para él o, por proponer otro punto, las relaciones que derivan al consumidor a su relación de compensación y consu-

mo, incluso una vez que se ha abandonado tal dinámica. Contrario a autores como Burroughs, su crítica no va por el lado de la jerarquía de poder callejera, sino por uno más universal: el *burnout* individual, la insatisfacción de la vida moderna, conduce a la búsqueda de un sentido por el que vivir.

Algunas noches en las que mi madre —una profesora de escuela con muchos años por delante para poder jubilarse— trabaja arduamente hasta la madrugada, mantiene la televisión encendida para por lo menos escuchar la voz de alguien diciendo cosas de fondo y no sentir el vacío de una habitación en silencio. Pese a que al principio me parecía una práctica extraña, hubo un tiempo que empecé a replicarla. Cuando limpiaba la casa, cuando realizaba tareas mínimas o, simplemente, me sentaba a pensar, me veía en la necesidad de poner de fondo un *pódcast* o una entrevista que, pese a no prestarle atención por completo, me acompañaba antes de la llegada de Gappy. Así mismo, es cada vez más común relacionarme con gente de mi generación que encuentra casual buscar videos en YouTube para ver mientras comen, que, según yo, es la continuación de lo que hacían nuestros padres con la televisión. «Simplemente no puedo comer hasta encontrar un video que me guste, no me sirve cualquier cosa», me llegó a confesar un amigo. Pese a eso, persiste una especie de sentimiento de culpa por ser incapaces de disfrutar un almuerzo sin consumir al mismo tiempo un contenido audiovisual entretenido, cuando, a final de cuentas, resulta una consecuencia de la pérdida de solemnidad y fraternidad con las que se asociaba la reunión para comer desde una mirada digna de un cuadro de Norman Rockwell. Y no, no menciono a R. porque me da la gana. Encuentro un nexo paradójico entre él y David Foster Wallace. Mientras que el primero representa el rostro de una convivencia idílica estadounidense, el segundo retoma la imagen y descuadra la vista, la arruga y distorsiona con la intención de sacar de ella la sombra de una Norteamérica más profunda, que es la que realmente se halla detrás del cuadro de Rockwell. Todo eso con la intención de señalar y decir: «Mira, somos nosotros, aquí estamos. Veamos televisión». Sin un discernimiento claro de

los límites entre satisfacción y entretenimiento, no queda otra cosa que fingir una especie de demencia colectiva que demuestre que, sin importar las necesidades, no pasa nada por permanecer un ratito aquí, solo un ratito más.

En un momento de nuestras vidas en el que podemos ver películas resumidas y divididas por partes en videos de un minuto o menos; en una época en la que la hiperconexión ha traído beneficios, pero, de la misma forma, nos ha insensibilizado, Foster Wallace produce una obra introspectiva que vincula los avances tecnológicos y las comodidades con la meta eterna de la satisfacción, cuyo fin jamás será alcanzado por nadie, sean cuales sean sus objetivos. Desmantela el discurso de más es mejor, incluso el permanente «querer es poder» que cada década encuentra nuevos adeptos para su séquito de seguidores obsesionados con la idea malentendida de Sartre sobre la libertad de la condición humana; los anuncios en redes sociales con gente sonriendo, invitando al espectador a tomar la iniciativa de llevar las riendas de su vida; los múltiples gurús de la superación personal que venden cursos millonarios sobre cómo resetear tu mente con *neuromarketing*; la cantidad abismal de *influencers* que repiten como borregos que, en caso de padecer episodios depresivos o trastornos psicológicos, debes levantarte más temprano y bañarte con agua fría, invertir en criptomonedas y emprender en un país en el que las tasas de éxito en negocios independientes son terriblemente bajas y no cuentan con los beneficios de un trabajo común.

Para este siglo, la vigencia de la obra de Foster Wallace no se ve afectada en lo absoluto y, en un sentido afirmativo, construye personajes que refuerzan su tesis. Es innegable la capacidad que posee para escribir sobre individuos tan excéntricos que parecen sacados de un sábado por la noche en una partida entre amigos de *Dungeon & Dragons* o de una película parodia del cine detectivesco y biopolítico e, incluso hasta cierto punto, pornográfico. Por la densidad de nombres a lo largo de la novela, resulta preferible seleccionar a los que pertenecen a la trama principal. Por un lado, la familia Incandenza y quienes integran la Enfield Tennis Academy, reconocida por su

estatus elitista en el que se suprimen los placeres y conformidades de sus estudiantes con la intención de sacar el máximo rendimiento deportivo. Es, en pocas palabras, una fábrica de construcción de deportistas en serie, que no se aleja mucho del sistema real en el que vivimos, lo que causa más pena todavía. Por otro lado, la Ennet House, un centro de salud, se encarga de asistir a las personas que padecen la Enfermedad. Sus internos son, en su mayoría, personas que buscan un soporte por el cual seguir viviendo, pese a que no les quede nadie de confianza o no posean nada más que la voluntad de evitar una recaída. Los demás personajes que aparecen en la novela se relacionan indirectamente con uno u otro sitio, o incluso con ambos al mismo tiempo, pero, a final de cuentas, padecen las mismas experiencias o agobios existenciales por no poder sentir la relevancia que desean para sus vidas.

A mi parecer, la dinámica de ambos espacios puede distraer al lector que, acostumbrado a una realidad binaria de éxito-fracaso, piense que la Enfield Tennis Academy y la Ennet House (con sus reuniones de AA) significan una antítesis una para la otra. Se creería, por lo tanto, que los dos mundos contienen ganadores y perdedores, en un sentido muy simplón que desestima las condiciones de cada uno de sus integrantes. David Foster Wallace nos revela lo contrario: no es así, son todos humanos, no existe binariedad en ello. Todos son adictos, padecen ante sus propios deseos y emociones, lo que los lleva a querer llegar a algo de lo que no saben si serán capaces o no de soportar. Una mirada oscura, pesimista y rebosante de un cinismo típico de alguien que, siendo parte del problema general, se apunta a sí mismo para reírse también de él y sus semejantes. ¿Cómo si no podría escribirlo, si es que no hubiera detectado su centro? En *The End of the Tour* se rescata una de las adicciones que acompañó a David durante toda su vida, la televisión y la capacidad del espectador de elegir un programa acorde a sus intereses; en *Infinite Jest* lo ilustra mediante un servicio parecido al *streaming* (¡jojo, hablamos de una novela escrita en los noventa!) en el que cada uno puede pedir un programa con base en lo que le gusta.

Con ambos sitios, Foster Wallace nos asegura que no somos ateos completamente, sino que estamos destinados a creer en algo, sin importar cuál sea nuestro objeto de adoración. O, como diría en su conferencia en el Kenyon College en dos mil cinco: «Everybody worships. The only choice we get is what to worship». A su vez, lo que trata de contarnos resuena erróneamente a un mensaje aleccionador de los despropósitos, y es lo contrario; en realidad, trata de recordarnos que la búsqueda de un sentido personal puede llegar a ser tan nociva como la ausencia de ese mismo motivo. LaMont Chu, un estudiante de la ETA, desea con fervor cumplir su fantasía de llegar a ser parte del top nacional. Le queda una vida por delante, apenas tiene once años. Sin embargo, se ha empeinado en coleccionar recortes de entrevistas de jugadores de tenis profesionales. Lo que realmente desea es ser admirado, tal y como él los admira a ellos. Ese miedo lo ha conducido a huir de los partidos competitivos por el miedo de perder, poniéndose a sí mismo los límites que otros podrían ponerle a él si es que no triunfa:

Le come vivo el deseo de acceder al Circuito. Ver su foto en color en las revistas, ser un niño prodigio, lograr que tipos con blazers azules de la I/SPN describan con todo lujo de detalles sus movimientos y estados de ánimo en la pista murmurando los consabidos lugares comunes de los comentaristas deportivos. Tener cosidas en su ropa varias marcas con los nombres de sus productos. Que le hagan perfiles humanos. Ser comparado con M. Chang, recientemente fallecido; llegar a ser llamado la Nueva Gran Esperanza Amarilla de Estados Unidos. Por no hablar de las revistas de vídeo o la Red. Se lo confiesa a Lyle: quiere estar de moda.

LaMont Chu, quien codicia el nuevo papel de mejor jugador asiático-norteamericano, se desentiende por completo del proceso, debido a que ansía obsesivamente apersonarse de un rol por el que no demuestra alcanzar el rendimiento necesario. En una conversación con Lyle, el guía espiritual de la academia —un hombre extraño, igual que

los demás, que da consejo a cambio de lamer el sudor de su consultante—, este le señala las puntualidades que LaMont pasa por alto: una vez que alcance el deseo, habrá cumplido su único propósito y, consigo, perderá cualquier orientación de sentido en su vida. Muerta la fantasía, queda la insatisfacción. Un poco de la alegoría que narra Žižek de la esposa y la amante, en la que, una vez el individuo se separe de la esposa, la amante ocupará su lugar y morirá la fantasía que le causaba placer en primera instancia. Un uróboro irónico y fatalista. En términos de Lyle, explica: «Ellos (los deportistas de las revistas) están tan atrapados como tú. Te mueres por comer un alimento inexistente». LaMont, inmaduro y apasionado, no entiende, ¿cómo no se podrían apagar las ansias que no lo dejan dormir ni comer una vez que cumpla su deseo?; a lo que Lyle le responde: «¿Qué fuego se apaga si tú lo alimentas?».

Lo que cuento ocurre en un fragmento de la novela, un capítulo que se pierde en su extensión —y, por qué no, su intensidad— porque no lleva a nada fuera de la estampilla del momento. Sin embargo, en contraposición a otros autores de frases lapidarias, Foster Wallace se maneja con otra técnica igual de satisfactoria: maneja el juego con un estilo rebosante de soberbia y tecnicismos, que insiste en aburrir al lector con un contrapeso de páginas de únicamente un párrafo y especificaciones vanas para la trama general. Aun así, se toma pausas para soltar brevedades contundentes como los diálogos de Lyle con el joven LaMont, porque sabe que, pese a que el fuerte de su obra es ser profundamente implícito en sus reflexiones, también debe saber conectar con quien busca en DFW a un autor más humano y más alejado de su habitual despliegue técnico de genio, más que incomprendido, incomprendible, en un sentido de merma intelectual y tono más cercano. Por lo tanto, lo valioso del discurso es que se rehúsa a ser parte del grupo de autores cuya obra se reduce al señalamiento y, volviéndose más cercano, le recuerda al lector que pese a lo nocivo de nuestra condición humana perduran resquicios de humanidad en nosotros.

En la novela, Mario Incandenza cumple ese papel, por eso creo que desentona tanto cuando aparece y conversa con los demás per-

sonajes. Sus comentarios traen cordura y, hasta cierto límite, una ternura que no tiene nada que ver con inocencia. Él es el hijo intermedio de la familia Incandenza, un adolescente deforme que, pese a que es objeto de burlas en la academia, no pierde la calidez humana ni las ganas de reconocer buenas intenciones en otros. Mario, al contrario de sus otros dos hermanos, no odia a sus padres, y, en los capítulos en los que dialoga con su hermano menor, le da razones para empatizar con ellos. Es gracioso que a Bubú (así lo llaman a veces) los demás personajes lo perciban como a un infante incapaz de percibir la crudeza del mundo, un tanto porque su cuerpo de extremidades desequilibradas lo obliga a depender de un soporte para mantenerse en pie. Pienso que la construcción de Mario es fascinante; David Foster Wallace insiste al lector en que él, como los demás personajes, sufre, pero poco le importa. «¿Cómo se puede saber si alguien está triste? ¿Y si solo sospechas que alguien está triste? ¿Cómo aclaras esa sospecha?», pregunta a Avril, su madre.

Detrás de la tapadera tecnológica y el mito de la satisfacción, David concluye, de la mano de personajes como Mario o LaMont, que la experiencia humana personal difícilmente puede ser replicada o entendida por otros. La única vía próxima a conectar con los demás es a través de la réplica y la expresión abierta de nuestras experiencias y, después, obtener una respuesta que desplace nuestras creencias a un territorio ajeno al nuestro. Creo que lo que le otorga un valor a la novela es la idea implícita de que, de la misma forma en la que no terminamos de entender a sus personajes, nunca terminamos de entendernos a nosotros mismos. Suena como una justificación perfecta para el carácter digresivo y desestructurado de la novela, pero, desde mi lectura, le encuentro un sentido personal.

El último año de la satisfacción

«David Foster Wallace, the author best known for his 1996 novel *Infinite Jest*, was found dead in his home, according to police.

He was 46».

ARTÍCULO PERIODÍSTICO SOBRE EL SUICIDIO DE DAVID, EN 2008

Es domingo y son las cuatro y media de la mañana, he terminado de leer *Infinite Jest*. Ya que he estado arreglando las baldosas viejas de la habitación, mi colchón se encuentra tirado en el suelo, y Gappy dormido a mis pies. Hace demasiado calor, y apagué el ventilador horas antes, creyendo que el frío de la madrugada llegaría en cualquier momento. Apenas llego a la línea final, en la que Don Gately se despierta en la arena, me percaté de que la novela ha acabado y yo con ella. La siguiente página abre con las anotaciones como una especie de aviso de que, si es que falta algo, podrás encontrarlo ahí. Ciertamente me siento mareado, me quito los lentes y aprieto los ojos con fuerza sin dejar de pensar en que el ciclo —es decir, la trama completa, con sus secundarios y principales— no ha sido cerrado. Un final tan ambiguo, tan áspero que me causa malestar por un momento. Me levanto de golpe, no recordaba que Gappy es sensible a mis movimientos y, por lo tanto, se levanta asustado. Él me examina curioso en esa oscuridad amarillenta que colorea la habitación cuando el sol está próximo a salir. Me lame los pies, como preguntándome por qué sigo despierto o, asimismo, por qué he colocado, con un aire de abandono, el libro grande al fondo de la repisa.

Primero me he puesto de pie casi por impulso, sin razón alguna. Luego, dejé el libro lo más lejos posible. Gappy, detrás de mí, muerde mis talones, porque con él no importa la hora, siempre tiene una razón para querer jugar. Ambos no entendemos cosas distintas: él no entiende lo que me preocupa, yo no entiendo por qué *Infinite Jest* termina con el capítulo uno y se extiende a lo largo de los demás. En realidad, nunca

terminas de leer *Infinite Jest*. Por eso, ahora más que nunca, me siento abandonado. Me siento aún más desamparado que cuando empecé a leer la novela sin saber nada. Nunca me sentí tan desentendido que cuando llegué al final, que es, usualmente, el momento en el que el lector ha disipado gran parte de sus dudas. Pese a que no he captado lo que ha pasado con sus personajes, me anima el sentimiento de que *Infinite Jest* ha cumplido su propósito y, entre todas las cosas de las que habla, no puedo elegir una que haya conectado conmigo sobre todas las demás, porque me reconozco en cada una de ellas.

Quisiera que David Foster Wallace siguiera vivo para poder exigirle una respuesta para cada una de mis dudas sobre la novela, sobre el paradero de Hal Incandenza postrehabilitación, sobre las repentinas apariciones del fantasma de su padre, sobre el porvenir de la academia de tenis, sobre sus apuestas arriesgadas sobre el futuro, sobre los límites humanos que contornean la obra en cada explicación rebuscada, pero sé que en el fondo no lo quiero por completo, porque sería quitarle la sorpresa a algo que se me ha dado como recompensa de una lectura larga, tediosa y por momentos desesperante. Al final, he comprendido que, pese a que en un inicio David se ha reído de mí, poco a poco he empezado a reírme con él. No siento rencor, es obvio que ninguno de los dos ha entendido la broma. Quizá solo Gappy, que es el que siempre ha podido dormir tranquilo.